

Personas mayores y dependencia. Una reflexión desde la experiencia francesa.

FLORENCE LEDUC. Directrice de la Formation et de la Vie Associative de la Fédération des Établissement Hospitaliers y d'Aide à la personne (FEHAP).

INNOVACIONES PARA VIVIR BIEN EN CASA

CUANDO LAS PERSONAS
TIENEN UNA SITUACIÓN
DE DEPENDENCIA

El aumento en el envejecimiento de la población no necesita ser más demostrado, especialmente en la sociedad occidental, y en particular en Francia. El número de personas mayores en situación de dependencia se duplicará para el año 2030, se nos dice.

¿Es ésta una suerte para la sociedad como se alegran algunos; es un peso o una carga, como temen los economistas; es simplemente un dato que hay que contemplar para procurar que cada uno tenga su lugar en la sociedad?

Pero mientras que se alarga la vida, varios fenómenos se cruzan y se entrelazan: en general, gracias a los avances sociales de los años de la postguerra, las personas envejecen mejor y viven durante más largo tiempo; la alimentación, las condiciones de vida, la medicina, la disminución de la dureza en el trabajo, todo ello contribuye a mejorar las condiciones de salud. Como contrapartida, si la aparición de la dependencia se produce se forma más tardía, al mismo tiempo, las personas que la padecen viven con ella durante más largo tiempo.

Se ha incrementado la probabilidad o el riesgo de que los hombres y las mujeres que envejecen (especialmente las mujeres) tengan una enfermedad de Alzheimer. Contamos con 800.000 casos reportados en Francia, mucho más nos dicen los expertos, debido al retraso con que suele producirse su diagnóstico. A medida que se haga de manera más precoz y se siga incrementando la esperanza de vida, esta enfermedad afectará a más personas a lo largo del curso de la vida.

Pero como todo eso no avanza por sí solo, resulta que las personas no envejecen, ni de la misma manera, ni al mismo tiempo que los demás. Eso depende del nivel escolar, depende del nivel de vida, depende de la dureza del trabajo: frente al envejecimiento, no somos todos iguales pues el nivel de recursos influye en gran medida y nos volvemos más dependientes cuando tenemos menos recursos.

Por otra parte, están las enfermedades: las enfermedades cardiovasculares, el cáncer, que afectan a hombres y mujeres a edades relativamente tempranas en sus vidas, lo que deja secuelas que pueden ser muy graves o que anticipan la muerte.

Los ayudantes familiares siempre están presentes. Cualesquiera que sean los enfoques o la metodología de los estudios, todo concurre para señalar la presencia, incluso la omnipresencia de los ayudantes familiares, con independencia de que las personas sean de avanzada edad, adultos jóvenes con discapacidad, o niños enfermos o discapacitados.

Estos cuidadores familiares (a los que llamamos también ayudantes naturales) son muy numerosos. La encuesta HID (Discapacidad Incapacidad Dependencia) ha puesto de relieve el papel crucial desempeñado por el entorno próximo de las personas en situación de discapacidad, independientemente de su edad. Entre la población general, más de 5 millones de personas

reportaron haber recibido la asistencia regular de otra persona, ya sea un miembro de la familia o perteneciente a su entorno.

Entre las personas mayores de 60 años, son más de 3 millones las que se benefician de la ayuda de un pariente, y el recurso de la ayuda familiar aumenta correlativamente con la edad.

Todas las cifras disponibles nos dicen que la mitad de las personas que necesitan ayuda son apoyadas exclusivamente por sus familias y que, del otro 50%, ocho de cada 10 personas son asistidas por una ayuda profesional y un miembro del entorno y solo 2 de cada 10 personas no tienen la ayuda de familiares o allegados, sea porque jamás existieron, o porque ya no existen.

Estos cuidadores familiares aportan su trabajo asistencial con importantes consecuencias en su vida personal. Casi la mitad de ellos están atados al cuidado hasta el punto de no poder partir de vacaciones o tomar unos días de descanso y distancia; algunos han tenido que rediseñar el trabajo; otros se han visto obligados a abandonar la actividad profesional; los cónyuges que cuidan de un esposo o de una esposa que sufre la enfermedad de Alzheimer se exponen al riesgo de un alto nivel de estrés, de enfermedad y de mortalidad.

Sin embargo, surgen preguntas e incertidumbre sobre el mantenimiento futuro de la ayuda familiar cuando se constatan las grandes transformaciones que se producen en la actualidad, ya sea a través del análisis de los cambios sociodemográficos, de la movilidad geográfica, de la evolución de los lazos familiares y de las recomposiciones familiares, de la evolución de los comportamientos... La pregunta es: ¿qué será de la ayuda familiar en las próximas décadas?

La libre elección del modo y el lugar de la vida de las personas mayores es proclamada por todos. Es necesario que exista esta elección. Pero para ello también es necesario que la evaluación de la situación se lleve a cabo con la participación activa de la persona y de su entorno. Y también se precisa que sea clarificada y subvencionada la oferta de servicios correspondiente a las necesidades y expectativas de la persona.

En el estado actual de las cosas, existe una oferta difusa, distribuida de manera desigual en el territorio entre el domicilio y la institución; entre la dificultad y la competencia, todas las situaciones están presentes.

Las leyes promulgadas: de descentralización (Ley del 13 de agosto de 2004), sobre organización social y médico-social (Ley del 2 de enero de 2002), sobre la igualdad de derechos y oportunidades, la ciudadanía y la participación (Ley del 11 de febrero de 2005) suponen que hay que pensar y diseñar una organización territorial que permita en un tiempo breve el ejercicio de esa libre elección, si las restricciones inherentes a la dependencia son compatibles con las nociones de elección y de libertad que a un cierto nivel son redundantes.

Los servicios públicos, servicios privados, empresas con fines de lucro existen, se desarrollan, compiten; en medio de todo esto, entre las creencias sobre los valores de la competencia y la fe en una organización territorial, queda camino por recorrer para permitir a cada uno encontrar, independientemente de su lugar de residencia, dónde, cuándo y cómo vivirá su vejez.

Debemos cuidar, ayudar y acompañar a las personas mayores que necesitan ayuda, aquéllas a las que llamamos dependientes, ya que dependen de otra persona para los actos de la vida y el cuidado diario, ese otro que hace, que ayuda a hacer o que estimula, para que a diario la vida tenga sentido.

Se desarrollaron ingentes esfuerzos en la profesionalización. Más títulos, más referencias profesionales, más personal competente, más cualificado. Esto constituye el credo de todo el mundo. Pero, a condición de que no cueste caro, que sea lo más barato posible. Divididos por el precio, dónde queda la calidad. Las paradojas y las contradicciones se acumulan y se acumulan.

Las herramientas y sistemas de elegibilidad para las prestaciones confunden dependencia, necesidad de ayuda y cualificación requerida. Cuanto más avanzamos, más preguntas surgen acerca de si lo social y lo económico no resultan contradictorios.

La profesionalización del sector de la ayuda y de los cuidados está en marcha. En cuatro años, la reforma ha avanzado más que en los últimos 30. Se inicia con el enfoque de la calidad, las referencias profesionales, las referencias de formación, el desarrollo de los convenios colectivos con lo que se aclarará la definición del empleo y la remuneración de los agentes.

Todavía queda por trabajar sobre las organizaciones laborales, circuitos institucionales, las relaciones con los responsables de las políticas públicas. Y formar siempre y siempre al personal, los participantes de campo, los responsables de coaching, los administradores. Se debe capacitar para organizar, para dirigir, para planificar, pero también para cuidar, para ayudar, para acompañar la vida, la enfermedad, la discapacidad, el fin de la vida. Esto requiere considerables recursos, los esfuerzos del sector son importantes.

Al mismo tiempo, debemos mantenernos vigilantes porque todas las personas mayores no se encuentran en el mismo barco. Depende de donde viven, de sus recursos, su régimen de pertenencia. Una creencia bien arraigada nos enseña que las necesidades más pesadas son las más legítimas, pero las necesidades más ligeras son también necesidades. Requieren la atención y el apoyo adaptados a sus necesidades aunque la carga de las tareas sea ligera en cuidados y en ayuda.

La mirada hacia los ancianos también evoluciona. La ola de calor debió y pudo enseñarnos que los ciudadanos mayores son también ciudadanos, y que partir más temprano o más tarde, ¿eso importa mucho cuando se es viejo? Encontrar una cama de especialidades para una persona

mayor hospitalizada de emergencia, se vuelve un rompecabezas. Y encontrar un cirujano para operar, reconstruir y rehabilitar no lo es menos.

Adecuar, adaptar o acondicionar la vivienda, ¿es realmente necesario cuando se es viejo?

Y además los viejos cuestan muy caro. Cuando miramos la prensa, los grandes titulares tratan siempre del problema de la gente de edad como un enorme coste: el pago de las pensiones, el peso de las prestaciones sociales y sanitarias, haber tenido que contribuir con un día de fiesta a nuestro cargo para incrementar las cotizaciones...

Las decisiones políticas, por otra parte, se han enfocado en la descentralización. Cómo el Estado va a asegurar la equidad y la igualdad de trato cuando cada uno por su lado (¿legítimamente?) vota sus presupuestos, define sus prioridades, acondiciona los textos, para el bien de todos, para bien... o para mal. Los valores relacionados con la solidaridad nacional han recibido un golpe fuerte, aunque, ¡y si todo fuera posible a nivel local!

Durante el mismo tiempo, el mercado está en marcha. El número anunciado de viejos que seremos hace pensar que hay también un importante mercado. Esta oportunidad del mercado está activada desde hace muchos años y está también estrechamente vinculada a la cuestión del empleo. Desde 1991, este sector se ha esforzado en la creación de empleo, estos empleos que se parecían en la época mucho más a pequeños trabajos; y luego, en 1996, una ley les abre el campo de los servicios a las personas a las empresas privadas con fines de lucro, sin distinción de población ordinaria y de personas vulnerables. El proyecto Borloo no hace más que despertar esta posibilidad para el mercado de invertir la actividad.

Todo esto merece, merecería una reflexión preliminar sobre una organización social capaz de identificar y luego de organizar respuestas de manera adaptada.

En relación a esta constatación, y a pesar de los encantamientos reiterados y del Informe, tan célebre como volátil, el lugar de las personas viejas en la sociedad merece y merecería mayor debate. Este lugar se pretende como una plaza ciudadana, esta plaza se pretende sin los estigmas de la edad; un lugar simplemente, no un sitio reservado, no el derecho a un lugar.

El caso es que las personas viejas tienen cosas que decir, tienen cosas que hacer. Cómo se permiten ellas estar presentes en los lugares ciudadanos de la vida, en los lugares de la convivencia y de los intercambios; ¿cómo les permitimos acceder a estos lugares sin mirada condescendiente, sin mirada hostil?

Integrar a los viejos como a cada uno de nosotros, considerarles como alguien de cierta edad, simplemente, esto queda por construir en los barrios, en las ciudades y en las aldeas.

Ser viejo no es un privilegio, ser viejo no da derechos, este medio justo, esta mirada social, esto queda por construir desde la escuela hasta todos los estratos de la sociedad y la posición de cada individuo.

Las políticas públicas a favor de las personas de edad definidas globalmente desde hace una cuarentena de años conocieron un movimiento doble:

- Por un lado un impulso fuerte que viene de las instancias asociativas, gracias al compromiso ciudadano y solidario de hombres y de mujeres que se sienten concernidos por sus conciudadanos.
- Por otro lado, las políticas públicas de iniciativa estatal que confirman los dispositivos y las reglas que pretenden aportar soluciones para responder de manera específica a las necesidades de estas poblaciones.

La descentralización, tanto en sus antiguos aspectos como en los nuevos, sobre todo a raíz de la ley del 13 de agosto de 2004, es una ocasión de repensar la manera en la que las políticas públicas pueden construirse entre todos.

Las políticas, las personas concernidas, las asociaciones de diversas redes, deben servirse de estas "oportunidades" para pensar en las aspiraciones y las necesidades de los individuos concernidos, imaginar respuestas adecuadas y pertinentes, globales y coordinadas.

Hay que construir juntos en los territorios, para investirlos y cubrirlos de respuestas concertadas que conciernen a los individuos a través de organizaciones colectivas.

Para llegar a estos objetivos, habría que proponer audiencias locales sobre el tema de la imaginación al poder para imaginar una diversidad y una diversificación de los lugares y de los modos de vida, pasarelas entre estos lugares, de su modo de organización y de funcionamiento tomando en cuenta las necesidades, los deseos, las aspiraciones de aquellos que se supone que deben vivirlos.

Entre derecho y deber, se trata de restituirle a cada uno la legitimidad de su lugar y de su palabra en función de lo que sabe, de lo que puede, en un campo clarificado de competencias en todos los sentidos del término.

Proponer todo lo anterior es poner el pie en el estribo para que haya posibilidad de que esto pueda realizarse.

